

dad reina del mundo, cual lo había hecho en su origen Porsenna, se entregaron entonces á la desesperacion como acaece de ordinario. Como el vulgo pretende siempre hallar en circunstancias desastrosas una causa á sus males, acusó á Estilicon de haber llamado á Alarico, y á Serena, su viuda, de estar con él en inteligencia; fué, de consiguiente reducida á prision, y el Senado la condenó á muerte. Cruels y acordes los romanos para el delito, se mostraron divididos y pusilánimes en la defensa. Iba aumentándose el hambre de dia en dia; distaban mucho de poder prestar atencion á tan inmensas calamidades la caridad de los fieles, y la de Leta, viuda del emperador Graciano; agotados ya los alimentos más repugnantes, se vió reducida la muchedumbre á la tristísima situacion de servirse de las cosas inmundas, y caía muerta por las calles, donde la infeccion de los cadáveres insepultos engendraba enfermedades contagiosas. Afirmando unos augures etruscos haber salvado con sus ritos á la ciudad de Narni por haber atraído el rayo sobre el enemigo, llegaron á ofrecer obrar del mismo modo en Roma. Pompeyano, prefecto de la ciudad, consultó los libros pontificales con el fin de averiguar cuál partido sería preferible en tan apurado trance; pero las sibilas que habian vaticinado la eternidad á Roma en la época de su nacimiento, no tenian ya voz para predecirle la muerte cuando ya estaba en la agonía. Habiendo declarado los arúspices que el cielo no podia ser aplacado más que por medio de públicos sacrificios, para cuya celebracion debía subir el Senado en cuerpo al Capitolio, ningun senador se atrevió á concurrir á la ceremonia, y fueron despedidos los etruscos. Todavía se esperaban socorros de Rávena, si bien salió fallida tan lisonjera esperanza, de cuyas resultas no quedó otro arbitrio que implorar la clemencia del rey godo.

A este fin se le enviaron en calidad de diputados al senador Basilio, y Juan, tribuno de los notarios, con encargo de obtener las mejores condiciones que estuvieran á su alcance. Como hicieran presente á Alarico la situacion de la ciudad, añadiendo: *¿No ves cuanta gente hay todavía dentro de Roma?* Les dió por única respuesta: *Cuanto más espesa nace la yerba mejor se corta;* y les intimó que le entregasen toda

la plata y todo el oro que hubiera en el recinto de aquellos muros, todos los objetos de precio y todos los esclavos bárbaros.

*¿Y entonces qué nos dejas?* Preguntaron los diputados, y Alarico repuso: *La vida.*

No obstante, consintió en un armisticio, durante el cual quiso ceder á un sentimiento más humano. Redujo, en su consecuencia, la contribucion á cinco mil libras de oro, á treinta mil de plata, á treinta mil de pimienta, á cuatro mil ropajes de seda y tres mil piezas de púrpura fina; además insistió en exigir la libertad de todos los esclavos bárbaros. Púsose á tributo á todos los ciudadanos á fin de completar aquel rescate, sin que fuera posible conseguirlo ni aun á costa de los mayores afanes. En tan crítica situacion hubo necesidad de recurrir á los ornamentos de los templos; muchas estatuas fueron fundidas, y la del Valor entre otras; y los idólatras se dedicaron á amargos recuerdos, comprendiendo con esto que había desaparecido de todo punto la virtud romana.

Satisfecho Alarico con aquel precio levantó el sitio, y por espacio de tres dias consecutivos hubo mercado de viveres en los arrabales, lo cual permitió atestar los graneros públicos y los graneros particulares, previendo nuevos reveses. Alarico hizo observar á sus tropas una rigurosa disciplina, prohibiendo todo insulto á los vencidos; en seguida enderezó sus pasos hácia la Etruria donde tenía intencion de pasar el invierno. Cuarenta mil bárbaros, cuyas cadenas acababa de quebrantar en aquel momento, se incorporaron á su falanje, no respirando más que venganza en contra de sus antiguos y rigurosos señores. Al mismo tiempo le traía su cuñado Ataulfo un refuerzo de hunos y de godos; de esta suerte se encontró á la cabeza de cien mil hombres en el corazon de la desanimada Italia. Pero como parecía que anhelaba la paz, fueron enviados expresamente tres senadores desde Roma á la córte de Rávena para solicitar el canje de rehenes y la celebracion de un tratado. Como base de éste pretendia Alarico el cargo de general de los ejércitos de Occidente, con una provision anual en dinero y en trigo, y la posesion de la Dalmacia, de Norica y de Venecia, lo cual le hacia dueño del Danubio y de la Italia. Olimpio, ministro de Honorio, rehusó abiertamente acceder á tama-

ña exigencia, y aun hizo que partiera con direccion á Roma un cuerpo de dálmatas, fuerte de seis mil hombres, en pos de los negociadores; pero irritados los bárbaros á causa de esta persecucion amenazadora, los envolvieron por todas partes y los derrotaron totalmente.

Pero despues cayó Olimpio en la desgracia de Honorio, y fué compelido á salir desterrado, hasta el momento en que le fué posible recuperar su autoridad perdida: otra vez quedó sin valimiento y espiró en el suplicio de los azotes, habiéndosele cortado antes las orejas. El emperador que no podia pasarse sin que uno ejerciera ascendiente sobre su persona, le reemplazó con Jovio, prefecto del pretorio. Entonces se llamó nuevamente á los gentiles y á los paganos para los mandos y las magistraturas. Generido, de origen bárbaro y profesando la idolatria, fué nombrado general de la Dalmacia, de la Pannonia, de Nórica y de la Retia; disciplinó las tropas, las animó con recompensas, dándolas á veces de su propio peculio para suplir la parsimonia de la córte, y atrajo á sus filas diez mil auxiliares hunos, bien provistos de viveres y de rebaños. Así se encontró en aptitud de proteger con éxito la frontera de la Iliria.

Pero muy léjos de secundar la córte tales esfuerzos, se hallaba enteramente ocupada en innobles y peligrosas intrigas. A instigacion del prefecto Jovio, amotinados los guardias pidieron la cabeza de dos generales y de los dos primeros eunucos; éstos fueron degollados; refugiáronse á Milan los otros. Produjo nuevas alteraciones dentro de palacio otro eunuco intrigante llamado Eusebio, como tambien el cruel Allobico, hasta el momento en que haciéndose enemigos por rivalidad mútua, fué el primero nuerto á palos en presencia del mismo soberano del imperio. Su rival se entendió con el emperador de las Galias, Constantino, á fin de derrocar á Honorio, y le hizo bajar hasta las orillas del Pó, so pretexto de emprender la guerra contra los godos. Descubrióse en tanto aquella trama; y no atreviéndose Honorio, quien conocia sobradamente su impotencia, á castigar resueltamente á Allobico, dispuso una cabalgata, en medio de la cual mandó que fuera asesinado. Entonces, echando pie á tierra, se postró de hinojos y dió gracias á Dios que le había libertado de un traidor.

Alarico había enviado nuevas proposiciones de paz por conducto del papa Inocencio, y ya empezaba Jovio á entrar en negociaciones, cuando impulsado Honorio por sus cortesanos, escribió al papa encomendándole que dispusiera del tesoro con tal de que no prostituyera á un bárbaro los honores militares de Roma. Alarico, á quien le fué enseñada esta carta, montó en cólera á su lectura, y rompió las negociaciones, vomitando su boca furiosas invectivas contra el imbécil emperador. Por otra parte la córte obligó (409) á los principales oficiales á jurar por la sagrada cabeza del soberano, no tratar en ningun tiempo y bajo ninguna condicion con el enemigo del imperio, sino al revés, hacerle una guerra implacable: tanta confianza infundian los pantanos de Rávena.

Pero el resto del imperio se hallaba entregado á merced de los bárbaros, y Roma vió nuevamente al terrible Alarico dirigirse en contra suya. Conservando todavia moderacion en la prosperidad y en la ira, siguió enviando obispos al emperador á fin de que salvara á la ciudad y á la Italia toda de una inevitable ruina, si bien fueron infructuosas todas las amonestaciones. Apoderóse, pues, del puerto de Ostia, é intimó á Roma á rendirse á discreccion, so pena de ver destruidos de un solo golpe los almacenes de donde sacaba sus subsistencias. Hubo de ceder el Senado á los clamores del pueblo, y Alarico le ordenó que admitiera por emperador á Atalo, prefecto de la ciudad. Este nombró al bárbaro que le habia creado emperador, general de los ejércitos de Occidente, y á Ataulfo capitan de sus guardias con el título de conde de los domésticos; de este modo pareció como si se protegieran mútuamente ambas naciones. Despues de haber distribuido Atalo los empleos civiles y militares á sus intimos parciales, convocó el Senado y declaró que su intento era hacer revivir la antigua majestad romana, y dilatar el imperio por el Egipto y por el Oriente, usurpados con grave detrimento suyo; necias fanfarronadas á que le impulsaban los bárbaros, de quienes era juguete. Entretanto fueron enviadas tropas á Africa para asegurarse de su obediencia; Milan y el resto de Italia aceptaron con unánime consentimiento el nuevo Augusto, quien procuró ganarse partidarios

otorgando apoyo á los paganos y permitiendo otra vez sus asambleas. Hallábase acampado junto á Rávena, rodeado de batallones godos, cuando recibió de Honorio la proposición de repartir con él las provincias occidentales; negóse á ello terminantemente, diciendo: *Deponga al instante la púrpura y le concederé un tranquilo destierro en alguna isla remota.*

Tan comprometida apareció la fortuna de Honorio, que Jovio, su ministro, y Valente, su general, se pasaron á las filas de Atalo. De resultas se apoderó del hijo de Teodosio tal desaliento que temblaba hallar un traidor en cada uno de sus amigos y de sus criados, y tenía buques al ancla, para trasladarse, si lo exigía la necesidad, al territorio sometido á su sobrino. Pero cambió súbito el aspecto de las cosas. Cuatro mil veteranos, enviados desde Oriente en su ayuda, desembarcaron en Rávena y se encargaron de su defensa. Las tropas poco numerosas despachadas por Atalo á Africa fueron completamente batidas por el conde Heraclio, que, estorbando la exportación de granos, redujo al hambre á Roma, y dió margen á una sublevación del pueblo. Por otra parte Alarico concibió celos de su protegido, quien secundando algunas veces al Senado, parecía desconfiar de los godos, y otras prestaba oídos á los consejos de Jovio, elevado por él á la dignidad de patricio. De consiguiente en el instante en que era crítica hasta el último extremo la situación de Honorio, vió llegar las insignias imperiales de que Alarico había despojado á Atalo, y que le enviaba en señal de paz.

Pero imbuidos los ministros del emperador en su estúpida soberbia, le apartaron del designio de entrar en negociaciones (410); al mismo tiempo el godo Suro, enemigo particular de los Baltos y de Ataulfo, alentaba á Rávena á que se defendiera; y áun para provocar al enemigo hizo una salida con poca gente, y aniquiló totalmente un destacamento de godos. Entonces tornó á presentarse Alarico bajo los muros de Roma sediento de venganza y de pillaje, y después de un largo asedio penetró en su recinto, gracias á la traición de algunos esclavos (24 de Agosto), pasando por debajo de los arcos de triunfo erigidos siete años antes para celebrar el completo exterminio de su nación. De esta suerte la ciudad de los Césares fué entregada al fu-

ror de los bárbaros después de haber saqueado al mundo por espacio de mil ciento setenta y tres años. No obstante, Alarico ordenó que se economizara el derramamiento de sangre y se respetaran las iglesias de San Pedro y San Pablo. Desde este momento la religión de Cristo es la única salvaguardia de aquellos que la habían perseguido.

Habiendo penetrado un godo en la morada de una piadosa doncella de edad madura, la exigió oro: ella le condujo á un armario y mostrándole una gran cantidad, le dijo: *No haré empeño en retener aquello cuya defensa me es imposible; pero quiero que sepais que estos objetos están consagrados á San Pedro; si los tocáis ahora, caiga el sacrilegio sobre vuestra conciencia.* No se atrevió el bárbaro á tocarlos, y dió aviso de su descubrimiento á Alarico, quien mandó que fueran restituidos intactos á la Iglesia del príncipe de los apóstoles. Ofreció un espectáculo singular ver una procesión de aquellos feroces bárbaros adelantándose desde el monte Quirinal entre dos hileras de soldados con sus correspondientes armas, mezclando bélicos gritos á las piadosas salmódias y devolviendo en triunfo aquellos vasos al Vaticano; triunfo muy diferente de los anteriores, el cual anunciaba nuevos tiempos próximos á nacer del seno de las ruinas. Cristo triunfa allí donde las armas terrestres estaban reducidas á la impotencia, y tantas vidas salvadas bajo la protección de los santos asilos daban inequívoco testimonio del poder de la religión nueva.

Sin embargo, fuera de aquellos refugios el furor de una soldadesca bárbara se abandonó á todos los excesos que destrozan comunmente á una ciudad tomada por asalto, y la cólera de tantos esclavos, que no respiraban más que odio, se hartó allí de sangre. Se hizo extensivo el saqueo desde las obras maestras de las artes más insignes hasta los muebles y las vestiduras de los particulares: oro, joyas, piedras preciosas fueron echadas en montón en la larga fila de carros que arrastraba en pos de su huella el ejército de los godos, mezclando todas aquellas alhajas con mesas de plata, alfombras y ropajes de seda. El hacha ignorante del bárbaro hendió magníficos vasos y echó por tierra admirables estatuas. Hizose uso de tormentos atroces á fin de descubrir ocultos tesoros; se des-

moronaron suntuosos palacios en medio de las llamas; muchos hombres fueron pasados á cuchillo, mayor número de ellos quedó reducido á la esclavitud, salvo los que pudieron rescatar el afecto de sus deudos ó la caridad religiosa. Muchas vírgenes y nobles matronas sólo lograron libertarse de la deshonra por medio de una muerte voluntaria (410). Una dama de extraordinaria hermosura fué acometida por un manco godo, le resistió con valor á pesar de una herida que la había hecho, hasta el momento en que enternecido á la vista de virtud tan acrisolada, la condujo él mismo al sacro asilo del Vaticano, y pagó á unos soldados para que la entregaran sana y salva á su marido. También fué invadida la casa de Marcela, la amiga de San Jerónimo, preguntándole los bárbaros donde había escondido sus tesoros, y como respondiera que era demasiado pobre para poseerlos, empezaron á torturarla. Resignada á los tormentos se limitaba únicamente á suplicarles que no separaran de su lado á su hija Principia, por miedo de que fuera violada; y de tal manera partían el corazón sus apasionados ruegos que ambas fueron conducidas al asilo de San Pablo.

Al sexto día evacuaron la ciudad los godos, y cargados de botín, se encaminaron hácia la Italia Meridional por la vía Appia, despojando y avasallando un país que les brindaba cuanto puede seducir á un conquistador, y nada de lo que puede infundirle miedo. Una infinidad de italianos buscaban refugio en tierras más distantes, algunos en las islas ó en Africa, otros en Egipto, en Betleem y en Constantinopla, y aquellos que habían podido libertar sus bienes de la devastación prestaban á los demás oportuno socorro. Jerónimo acogió á muchos de aquellos desterrados y les consoló en su infortunio. Compasivo ante el espectáculo de tantas miserias veía el cumplimiento de las profecías, y pensaba que estaba cercano el fin del mundo cuando sólo sucumbía la Babilonia y la gran prostituta del Apocalipsis. Empleáronse las riquezas de la Iglesia en suministrar alimento á los pobres y en rescatar á los prisioneros. Después de haber perdido Proba en el saco de la ciudad inmensos tesoros, cuando llegó á Africa distribuyó á los refugiados las rentas de vastas propiedades que poseía en aquel punto.

Lleno estaba el campamento de los godos de ciudadanos y de matronas de ilustres familias, que á la sazón esclavos y miserables juguetes de la fortuna, se veían reducidos á escanciar el vino de aquellas colinas, que ya no eran suyas, á los bárbaros; y, sentados éstos indolentemente bajo los plátanos, en los bosquecillos de laureles de los jardines de Cicerón y de Lúculo, gozaban las delicias de aquel hermoso cielo de Italia, prontos á lanzarse á nuevas lides y á nuevas matanzas.

Al llegar Alarico al estrecho de Messina fijó sus ojos en Sicilia, que debía servirle de escala para trasladarse á Africa; pero una tempestad, que dispersó el primer convoy, hizo mirar á los godos con disgusto un elemento á que no estaban acostumbrados; luego la muerte de Alarico les apartó definitivamente de la idea de ir más lejos. Para dar sepultura al héroe torcieron el curso del Busentino, que baña los muros de Cosenza, abrieron una fosa en el cauce que había quedado en seco, y depositaron allí á Alarico con ricos despojos; en seguida volvieron el río á sus ordinarias orillas, no sin dar muerte á los esclavos á quienes habían ocupado en aquel trabajo, á fin de que nadie supiera por su conducto donde reposaba el que había sido terror de Roma.

Todos los sufragios de los godos se reunieron entonces en favor de Ataulfo, cuñado del jefe á quien habían perdido. Secundando á Alarico en sus designios había concebido la posibilidad de cambiar un día la faz del mundo, y de elevar sobre los residuos del poder romano un imperio godo. Pero la experiencia le había enseñado que la fuerza que derruye no edifica; para formar un estado se necesitan leyes é instituciones, á que sus compatriotas no estaban preparados todavía. Propúsose de consiguiente merecer la gratitud del mundo ayudando al imperio vacilante á cobrar aliento. Contuvo pues los golpes de la espada, ofreció la paz y su amistad á la corte imperial, que, á pesar de su insensato juramento, tuvo á dicha aceptar sus ofertas, y encargó á sus nuevos aliados la empresa de pelear contra los tiranos que habían usurpado el poder al otro lado de los Alpes. En virtud de esta comisión sacó Ataulfo su ejército de Italia, después de recorrerla y asolarla por espacio de cuatro años; y en cali-